

El campanario



Al llegar al campanario quedé un poco deslumbrado por el éxito de mi arriesgada empresa. Había cuatro enormes ventanales o troneras con el infinito como fondo, y en cada uno una campana con los goznes del eje empotrados en los muros y grandes manchas, en ellos, de pez negra.

Cada campana tenía su nombre grabado abajo, en el borde circular y en grandes letras. La más grande decía: «Bárbara me llamo y bautizada fui en 1791. Laus Deo». Otra declaraba: «Marta es mi nombre desde 1813». Y las otras, «Ana» y «Juan Bautista». Como se ve, la campana cuarta tenía nombre de varón. Era la más pequeña.

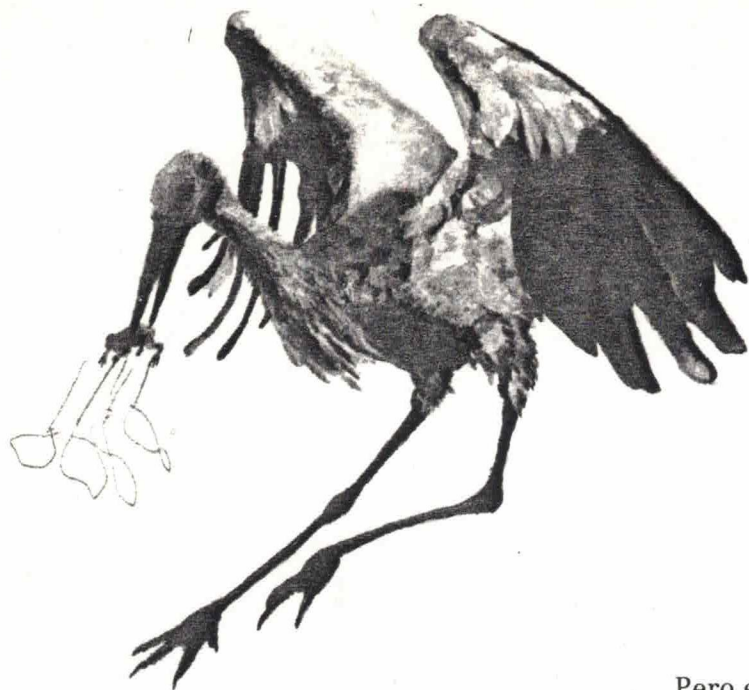
En todas las torres de España la campana más grande se llama Bárbara, porque la santa de ese nombre es abogada contra las tormentas, y se supone que la torre está más expuesta a los rayos que las casas de los vecinos, por ser mucho más alta.

Estaba cerca del nido de las cigüeñas, pero todavía no podía verlo desde allí. Debía subir por los relieves interiores del campanario hasta un friso más alto, donde se veía el gran cilindro de las matracas de Semana Santa. Esta última parte de mi empresa era más difícil aunque no imposible. El cilindro ocupaba todo el campanario, de lado a lado, encima de los nichos de las campanas, y yo trataba de subir apoyándome en los contrafuertes transversales de la campana mayor. A mis pies y a una profundidad enorme se veía la plaza del pueblo.

Tardé bastante en alcanzar el friso donde estaba la claraboya. Mis pies se apoyaban en el cilindro horizontal de las matracas y pude por fin asomarme. El nido estaba casi al alcance de mi mano y en él había un cigoñino sin plumas, grande, feo, con su enorme pico.

Me miraba sin alarma alguna y me habría gustado tener algo que ofrecerle, porque sin duda lo habría comido. Ahora bien, la comida de aquella joven ave era de veras extravagante. El cigoñino se alimentaba de sapos y culebras. Los campesinos respetaban a las cigüeñas porque limpiaban de esas alimañas las riberas del río. Y allí estaba yo mirando y sin saber qué hacer. Por fin saqué la mano por la claraboya y, cuando estaba a punto de tocar al ave, oí un gran fragor de alas y vi allí mismo dos largas y finas patas color de rosa que se posaban en un saliente, descendiendo lentamente. Era la cigüeña madre, o tal vez el padre. El cigoñino abrió el pico para recibir el sapo, que engulló vivo. Yo pude ver también la cabeza de la cigüeña grande.





Pero entonces sucedió algo con lo que no había contado. Debía de ser aquel día víspera de alguna celebración importante y cuatro o cinco campesinos de brazos fuertes aparecieron en el campanario riendo y bromeando.

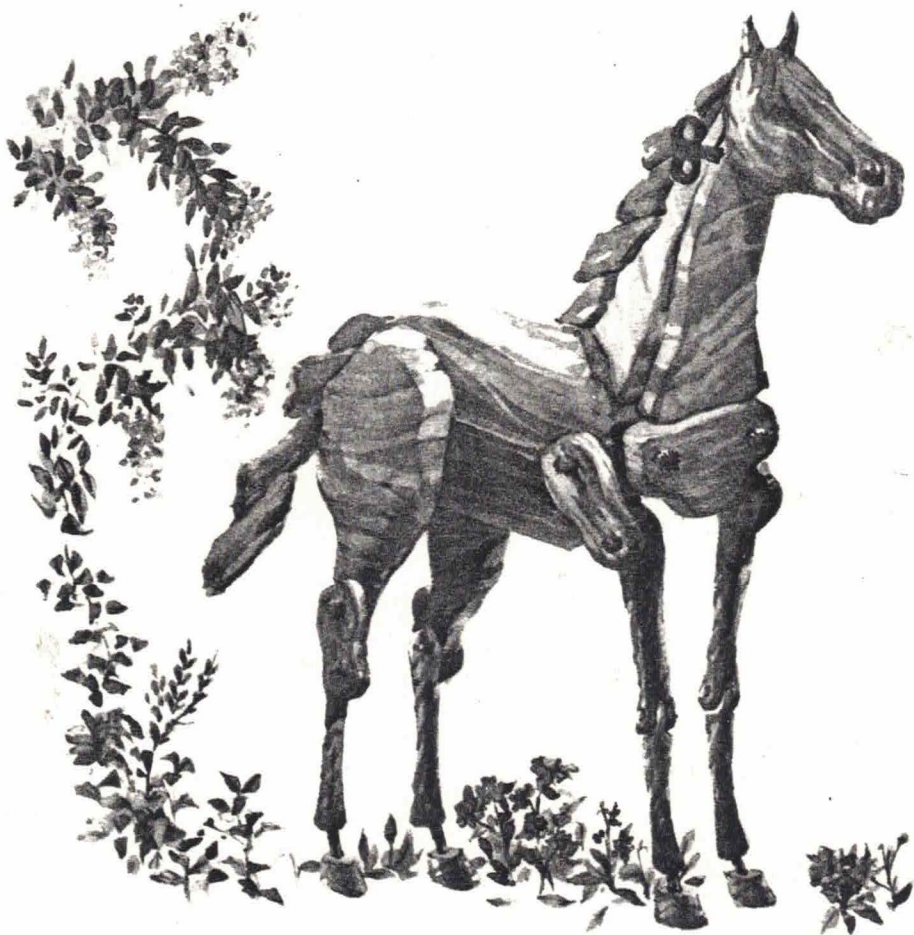
No me veían ni podían imaginar que estaba yo sobre sus cabezas, disimulado y quieto como los murciélagos que dormían más arriba, en la oquedad de la cúpula, colgados de las patas y envueltos en sus propias alas.

Los campesinos comenzaron a bandear las campanas. Para la campana Bárbara hacían falta dos hombres, y para las otras uno sólo. La primera que comenzó a dar vueltas y a ensordecirme con su sonido fue la llamada Ana. Pero pronto volteaban las cuatro. Nadie que no haya pasado por esa experiencia puede imaginar cosa igual. El escándalo era tal que yo me sentía sacudido en el aire por las vibraciones de abajo, que repercutiendo en la bóveda volvían sobre mí despiadadamente. Los murciélagos oscilaban sin desprenderse del techo. Debían de estar acostumbrados y seguían durmiendo.

RAMÓN J. SENDER

SENDA 5

Libro básico de lectura



EGB CICLO MEDIO

santillana

El material de la serie SENDA ha sido creado
en el Departamento de Investigaciones Educativas
de Santillana, S. A. de Ediciones,
bajo la dirección de Antonio Ramos.

En el libro SENDA
para el quinto curso, Ciclo Medio de E.G.B., han intervenido:

Rosario Fernández-Cancela (Original literario y selección antológica)

Carlos E. González (Actividades)

Manuel Arjona Sánchez (Ilustraciones)

M.ª Luisa Esteban Hernández (Ilustraciones)

Gloria Roldán (Dirección Editorial)